

Testimonio – España, septiembre de 2026

Comenzaría nuestro encuentro, mi testimonio, con una panorámica de la situación actual no solo en Tierra Santa, sino también en el Líbano y en Siria, es decir, en los países en los que estamos presentes como Custodia, teniendo en cuenta que nuestra presencia se extiende también a Jordania, Chipre, Rodas y Egipto.

Somos unos 280 frailes procedentes de 49 países del mundo.

Quisiera partir de algunos datos, porque ayudan a leer la realidad. Si miramos Tierra Santa en sentido estricto, podemos distinguir entre la presencia cristiana en Israel y la de Palestina.

Israel y Palestina

En Israel, los cristianos son en su inmensa mayoría árabes cristianos, aunque está creciendo el componente de migrantes que no pertenecen al mundo árabe. En 2025 se cuentan entre 182.000 y 185.000 cristianos, es decir, ciudadanos israelíes, en su mayoría árabes, de fe cristiana y pertenecientes a distintas confesiones. Se trata de un porcentaje que oscila entre el 1,5 % y el 2 % de la población: por tanto, menos del 2 % de los habitantes.

En Palestina, en cambio, los cristianos son entre 50.000 y 75.000, considerando siempre todas las confesiones.

En Israel existe un problema demográfico: los cristianos disminuyen por dos razones principales. La primera es que crecen menos que los demás; la segunda es la emigración.

La tasa de crecimiento es muy baja: se sitúa en torno a 1,5 hijos por familia. Esto comporta inevitablemente un progresivo descenso numérico y, en consecuencia, también una disminución porcentual de la presencia cristiana.

A esto se añade el fenómeno migratorio. Desde el 7 de octubre hasta hoy se estima que unos 100.000 ciudadanos han abandonado Israel; de ellos, el 3,7 % son cristianos. Es evidente, por tanto, que debemos afrontar una disminución real de la presencia.

¿Cuáles son las causas de esta emigración?

Ante todo, la creciente radicalización del clima social y político en Israel. Las posiciones se vuelven cada vez más extremas y esto contribuye a aislar aún más a la comunidad cristiana. A ello se suma un aumento significativo de la criminalidad: solo en 2025, en Galilea —por tanto, en la zona de Nazaret y sus alrededores— se registraron más de 250 homicidios relacionados con fenómenos criminales, casi uno al día. Es fácil comprender cómo, en un contexto semejante, resulta difícil vivir.

Muchas familias, de hecho, envían a sus hijos a estudiar al extranjero, a menudo animándolos a no regresar. La segunda razón es la situación política de las últimas décadas, marcada por una sucesión continua de crisis, que genera incertidumbre e inestabilidad y hace difícil proyectar el futuro y criar a los propios hijos.

En Palestina, en cambio, el fenómeno migratorio es continuo y se ha acentuado aún más en los últimos tiempos. La causa principal es de carácter económico. Antes del 7 de octubre, unos 700.000 palestinos atravesaban cada día los puestos de control para trabajar en Israel; hoy los permisos de trabajo han disminuido drásticamente, hasta un 90 %.

Además, para la comunidad cristiana, una de las principales fuentes de sustento es la peregrinación, es decir, el turismo religioso, que en la actualidad se ha reducido enormemente, cuando no ha desaparecido por completo. Por estas razones —tanto económicas como relacionadas con las perspectivas de futuro, también para los propios hijos—, en Palestina se asiste igualmente a una emigración progresiva.

Líbano

El Líbano está viviendo una situación dramática: tenemos más de 1.300.000 desplazados. El sur del país ya no es accesible.

De estos 1.300.000, no todos han encontrado alojamiento o acogida en los centros habilitados por el Gobierno, como gimnasios y escuelas, o incluso en los propios conventos (hay casi 600 refugios oficiales). Muchos siguen viviendo en la calle, en automóviles o en refugios improvisados.

Existe por otro lado una presencia, podríamos decir, «invisible», sobre todo entre los cristianos: son quienes no se encuentran en los centros organizados por el Estado, sino que son acogidos por familiares o conocidos. Esto significa que pasan a gravar sobre la economía ya frágil de otras familias y, al mismo tiempo, no aparecen en los registros oficiales de las ayudas.

Por ello es necesario un trabajo de localización muy cuidadoso, y esto es precisamente lo que está haciendo la Iglesia en el Líbano: conocer a sus parroquianos, saber dónde se encuentran, seguir los desplazamientos de quienes se han trasladado desde el sur hacia Beirut y hacia el norte, y que a menudo no tienen acceso a la ayuda humanitaria, ni a los kits higiénico-sanitarios ni a los alimentarios.

Tengi che decir que todo esto es realmente conmovedor. Estuve en el Líbano pocos días antes de Pascua y pude ver de cerca el gran trabajo que está llevando adelante la Iglesia local, junto con el de los frailes: un compromiso silencioso, pero de extraordinaria entrega.

Siria

Siria vive un momento de gran incertidumbre respecto a su futuro, marcado por una fuerte inestabilidad. También en los días anteriores a Pascua se produjeron episodios de violencia contra los cristianos; además, ya el pasado mes de julio se había producido un atentado en una iglesia greco-ortodoxa.

Se percibe una sensación generalizada de inseguridad, paradójicamente más fuerte que durante el tiempo de los bombardeos. Es un país que todavía intenta comprender qué dirección tomar para su futuro y, también aquí, se registra un fenómeno significativo: las personas que buscar marcharse, huir, construir el propio futuro en otro lugar son hoy incluso más numerosas que durante la guerra abierta.

Cisjordania

Se habla poco de ello y no siempre se dispone de información correcta; sin embargo, está también toda la realidad de Cisjordania, caracterizada por la continua aprobación de nuevos asentamientos y por la persistencia de ataques, violencias y actos de abuso.

Estos episodios son cometidos por grupos de colonos contra palestinos, beduinos y otras comunidades que viven en Cisjordania. Periódicamente se producen asaltos, amenazas, actos vandálicos, incendios y robos: auténticas incursiones que difunden miedo e inseguridad. En Cisjordania los muertos son igualmente innumerables. La situación es especialmente preocupante también a causa de una impunidad generalizada, que favorece la repetición de estos actos por parte de grupos cada vez más armados.

Tierra Santa ha quedado profundamente marcada por el conflicto que comenzó de manera tan violenta y cruenta el 7 de octubre de 2023. Por eso, hablar hoy de Tierra Santa significa inevitablemente hablar del 7 de octubre, entendido como un punto de inflexión que ha marcado un antes y un después en la historia de esta tierra. Es un acontecimiento que ha dejado una huella profunda y que hace difícil imaginar un regreso a la situación anterior.

Con el 7 de octubre, en efecto, todas las tensiones ya existentes, las dificultades, las incomprensiones y también las políticas —o la ausencia de políticas— se han agudizado aún más, haciendo que el contexto sea todavía más complejo y frágil.

Polarización

Uno de los primeros aspectos que se han agudizado, una de las primeras realidades que se han radicalizado, es precisamente la polarización. ¿Qué significa esto? Que, en cualquier encuentro o iniciativa, la primera pregunta —explícita o implícita— es siempre: ¿de qué lado estás? Antes de preguntarte quién eres, la pregunta es: ¿de qué lado estás?

Estás a favor o en contra de una parte o de la otra. Y lo aún más delicado es que esta pregunta admite una sola respuesta: si no estás de mi parte, automáticamente estás contra mí; y, de algún modo, te conviertes también en una amenaza.

Para mí en este momento es muy difícil afirmar una posición diferente, decir: «no estoy de una parte ni de la otra». Todo se reduce a un esquema binario.

Después del 7 de octubre de 2023 se produjo una polarización nunca experimentada antes; nos hemos vuelto incapaces de escuchar las razones del otro porque cada una de las dos partes se considera a sí misma como la única víctima, y se asiste a una negación de los hechos por una parte y por la otra. Esto sucede ciertamente a nivel político, pero también entre la gente común y, a veces, incluso entre líderes religiosos.

Aquí se abre además el gran tema del lenguaje, de la narrativa y de la información. Es un capítulo amplísimo que no podemos abordar ahora en profundidad. Hoy, endía, a menudo nos informamos a través de titulares, eslóganes y simplificaciones. Todo se instrumentaliza con facilidad.

Es evidente que las redes sociales contribuyen a este proceso: los algoritmos tienden a reforzar las convicciones que ya tenemos. Así, cuanto más me convengo de que el otro es el mal absoluto, más recibiré noticias —a veces incluso no verificadas— que confirman esa idea; y lo mismo ocurre en la otra parte.

El lenguaje, por tanto, se vuelve decisivo. Para poder considerar al otro un enemigo, alguien a quien eliminar sin demasiados escrúpulos, antes es necesario deshumanizarlo. Debe

aparecer como menos humano, menos digno. Por eso crece un lenguaje de deshumanización: hace más fácil justificar el odio y la violencia.

A esto se añade la instrumentalización: cada hecho se fuerza para confirmar la propia tesis. Ante todo esto, es necesario un juicio. La Iglesia no es neutral ni equidistante. No es «Suiza». Es una realidad que desea el bien para todos.

Para explicar esta posición, me gusta recordar una imagen que se encuentra en Nazaret, en el santuario de la Anunciación. En el pórtico se reúnen imágenes marianas procedentes de todo el mundo y, entre ellas, está también la de la patrona de Alemania, donada por los obispos alemanes en 1989.

La imagen representa a una mujer con dos hijos, un niño y una niña, y ella abraza a ambos. Pero entre los dos hijos hay un muro. Es una representación muy concreta de la situación de la Alemania de entonces, dividida por el muro de Berlín.

Lo interesante es que ese muro no llega hasta el suelo: se detiene un poco antes. Y por debajo, los dos hijos se dan la mano. Están separados, pero siguen siendo hermanos, pertenecen a la misma humanidad.

Es una imagen potentísima. Y, si es verdad que poco después cayó el muro de Berlín, también lo es que entretanto se han construido muchos otros muros: muros físicos, pero también muros invisibles, a menudo todavía más difíciles de superar.

Esta imagen nos ayuda a comprender la posición de la Iglesia: no es equidistante, no es neutral, sino que es como una madre que desea el bien para todos, para quien está de una parte y para quien está de la otra. Una madre que no renuncia a la posibilidad de un futuro bueno para todos, aun sabiendo que el mal es una realidad con la que hay que contar.

Como dijo el cardenal Pizzaballa el 31 de octubre de 2025 a los obispos lombardos, la Iglesia, precisamente porque es consciente de la profunda polarización existente, tiene el deber del equilibrio: «Yo, como pastor, debo tratar siempre de estar cerca de todos. Tened siempre presente la peculiaridad de la Iglesia local que guío, que comprende Israel, Palestina, Jordania y Chipre: del Patriarcado Latino forman parte trabajadores inmigrantes de fe católica que murieron el 7 de octubre y otros que fallecieron bajo los misiles de Hezbolá en el norte del país; hay cristianos que combaten en el ejército israelí y otros que están bajo las bombas en Gaza: yo soy obispo de todos y tengo el deber de buscar siempre un equilibrio, de estar al lado de cualquiera que sufra, aunque a veces esto no sea comprendido».

Este es el juicio: denunciar lo que es injusto, lo que es abuso, lo que es mal, pero sin renunciar al deseo de un futuro diferente para todos. Hoy, es verdad, ese futuro no se vislumbra claramente y tampoco se ven caminos inmediatos para construirlo.

En esta situación, entonces, la pregunta es: ¿qué podemos hacer? ¿Qué podemos decir?

El valor de la presencia

La respuesta es que la palabra que podemos decir no es, ante todo, una palabra pronunciada, sino una palabra vivida. Es una palabra que pasa a través de los gestos, a través de una presencia.

Hoy, endía quizá, las palabras han sido vaciadas de su significado. Palabras como paz, justicia, fraternidad: ¿qué quieren decir realmente? ¿Qué contenido llevan consigo?

Posiblemente hoy, más que nunca, la palabra más verdadera es la que nace de la presencia: de permanecer al lado.

Y esto no es poco.

Si miramos la historia, y en particular la historia de esta tierra, vemos que ha habido momentos difíciles, incluso más dramáticos que este: guerras, devastaciones, violencias.

Y, sin embargo, la Iglesia —y de manera particular la Custodia de Tierra Santa— siempre ha tratado de mantener una presencia, de no abandonar, incluso cuando parecía imposible hacer algo o decir algo.

Esta presencia es quizá la primera y más verdadera misión. Custodiar Tierra Santa, los Santos Lugares, no significa solamente mantener unos santuarios, sino ser una presencia fiel, constante, que no se rinde.

Porque hasta una presencia frágil, minoritaria, a veces incluso pobre y herida, es capaz de dar testimonio de otra Presencia, con P mayúscula.

Recuerdo un episodio en Siria, en 2017. La ciudad había quedado destruida en gran parte. Una tarde, el párroco me envió a visitar a una joven pareja con una niña de nueve meses. Me contaron su historia: se habían conocido en plena guerra, cuando las bombas caían todos los días, y aun así habían soñado con formar una familia.

En un momento dado pensaron en marcharse, como tantos otros. Pero después se dijeron: los frailes se han quedado, la parroquia se ha quedado. Si ellos permanecen, también nosotros podemos permanecer. Y esta guerra, tarde o temprano, terminará.

Y añadieron: queremos quedarnos para contribuir a la reconstrucción de nuestro país.

En aquel momento comprendí el valor de la presencia. No resuelve los problemas, no elimina el miedo, pero genera esperanza. Permite atravesar incluso las tinieblas más profundas no solos, sino acompañados por alguien que te mira y te quiere.

Y esta es, quizá, la palabra más verdadera que podemos decir hoy.

Victimismo

Un segundo desafío, después del de la polarización, es el del victimismo.

Me explico mejor. Desde el 7 de octubre en adelante se ha asistido a una creciente agudización, por una parte, de la rabia y, por otra, del miedo. Una parte de la sociedad se siente constantemente amenazada: el tema de la seguridad está siempre presente y genera una vida continua en el miedo, en el temor. En la otra parte, en cambio, se acumulan experiencias de injusticia, de abuso, de violencia, que alimentan cada vez más la rabia y el resentimiento.

Todo esto termina generando una espiral de odio y de violencia.

El victimismo produce un código de pensamiento muy simple, binario: nosotros y ellos. Nosotros amigos, ellos enemigos. Nosotros víctimas, ellos verdugos. Se llega así a una

especie de «darwinismo victimario»: nosotros somos más víctimas que los demás, por tanto tenemos más derecho a reivindicar, a recriminar, a acusar; los otros, en cambio, deben pagar.

Es interesante, a este respecto, el análisis de Pascal Bruckner: «La victimización es la versión dolorista del privilegio: nos permite rehacer una genealogía a partir de una opresión real o supuesta. Sugiere que la ley vale para todos, pero no para mí; que tengo derecho a sustraerme a todas las redes de obligaciones y reciprocidad que forman la vida en sociedad. Como la partícula nobiliaria, es una distinción que se transmite de padre a hijo, de madre a hija: una nueva forma de sangre azul que da acceso a una de las dos únicas noblezas reconocidas por las democracias, la del mérito y la de las heridas... Es una aristocracia de los dolientes que dibuja un sistema de castas invertido, donde el hecho de haber sufrido una injusticia sustituye a las ventajas del nacimiento».

La Pasión de Cristo, sin embargo, subvierte este mecanismo. Cristo muere por sus enemigos, paga Él por ellos, y de sus labios no sale ninguna palabra de lamento. Los cristianos no están autorizados por su Maestro a dividir el mundo de manera binaria, ni en clave nacionalista ni supremacista.

Dicho esto, es evidente que la rabia, el miedo y las injusticias sufridas pueden generar victimismo. Pero precisamente aquí se inserta la palabra que la Iglesia está llamada a pronunciar: no queremos caer en esta lógica. No queremos autorizarnos, en cuanto víctimas, a responder con la misma violencia y la misma crueldad, sustrayéndonos a todo juicio.

La palabra de la Iglesia consiste más bien en denunciar las injusticias y las violaciones de los derechos humanos, sin entrar por ello en la espiral del odio y de la violencia, sin transformarse, de víctimas, en verdugos.

Esta es una palabra que aprendemos del Señor Jesús. Y, personalmente, la he percibido con especial fuerza en esta Pascua: toda la historia de Jesús nos muestra como un método. Un método que no responde a la violencia con más violencia, sino que pide razón de las acciones: «¿Qué mal te he hecho? ¿Por qué me golpeas?». Es una manera diferente de ejercer la fuerza, el poder, la responsabilidad: una manera que pasa por la verdad.

Por eso, la palabra que la Iglesia está llamada a pronunciar hoy es, de nuevo, la de una educación cada vez más profunda en la fe.

Pienso, por ejemplo, en el tema de cómo leer la Palabra de Dios en este contexto. Cómo encontrar luz y orientación, aquí no en lugares donde todo está tranquilo, sino dentro de esta realidad herida. En las parroquias se ha hecho, y se sigue haciendo, un trabajo importante: ¿cómo leer, por ejemplo, la parábola del buen Samaritano? ¿Cómo responder a la pregunta: «¿Quién es mi prójimo?».

¿Es solamente quien pertenece a mi etnia? ¿A mi pueblo? ¿A mi comunidad?

Aquí se abre un gran trabajo educativo: un trabajo sobre las conciencias. La palabra se convierte en camino, en proceso, en educación. En la educación se juega el tema de la conciencia y de la responsabilidad personal, también en contextos en los que se tiende a justificarlo todo con la obediencia a las órdenes.

Para John Henry Newman, santo, cardenal y doctor de la Iglesia, la conciencia es la voz de Dios en la interioridad, un «vicario de Cristo» que guía moralmente y fundamenta la dignidad humana. No es subjetivismo, sino responsabilidad personal ante la verdad objetiva, que exige obediencia y formación continua.

Es precisamente este trabajo sobre la conciencia el que permite no caer en la lógica del victimismo, que de otro modo corre el riesgo de transformar a la víctima en verdugo.

Las relaciones

Una tercera consecuencia del conflicto que estamos viviendo se refiere a las relaciones. Las relaciones se han enfriado: existe el deseo de retomarlas, pero objetivamente, sobre todo a nivel institucional, son cada vez más difíciles.

También porque, como decíamos antes, todo está influido por la narrativa: por cómo se describe a los demás. Y así puede ocurrir que, hablando con alguien, uno se dé cuenta de que no es como lo imaginaba, no es como siempre se lo habían contado desde pequeño.

A comienzos del siglo XX, y durante casi un siglo, los franciscanos de Tierra Santa llevaron adelante una gran obra de reconstrucción de iglesias y santuarios, junto con una intensa actividad de investigación arqueológica. Hoy estamos llamados a construir «catedrales de relaciones».

Y precisamente aquí se abre una posibilidad.

Ecumenismo y diálogo interreligioso

Las relaciones se convierten, por tanto, en un tema central en todo este contexto. En particular, las relaciones con las otras Iglesias. La Iglesia latina, es decir, la Iglesia católica, vive de hecho en una relación constante con las demás Iglesias presentes en el territorio.

Aquí no podemos permitirnos hacer simples congresos o discursos teóricos sobre el ecumenismo: las circunstancias —la proximidad geográfica, el compartir los mismos lugares— nos obligan a vivir un ecumenismo concreto, real, cotidiano. Basta pensar en las familias «mixtas». Al ser la comunidad cristiana numéricamente pequeña, a menudo las familias están formadas por cónyuges de ritos o Iglesias diferentes.

Debemos reconocer que con las dos Iglesias con las que compartimos los Santos Lugares, es decir, la Iglesia greco-ortodoxa y la Iglesia Apostólica Armenia, estamos viviendo una buena etapa. Es un camino iniciado hace ya más de quince años, también gracias a los trabajos de restauración de la Basílica de Belén. La ocasión fue muy concreta: el tejado necesitaba una intervención urgente.

Este hecho, tan pragmático, obligó a las comunidades a sentarse alrededor de una mesa, a buscar juntas una solución. Y, a través de este trabajo, se ha desarrollado un diálogo cada vez más frecuente, orientado a la construcción del bien común respetando las distintas especificidades y derechos.

Posteriormente se pasó a la restauración del Edículo del Santo Sepulcro, para llegar después a una gran intervención de excavación arqueológica y restauración de todo el pavimento de

la Basílica: uno de los proyectos más importantes de los últimos años. Después de Navidad comenzó también la restauración de la Gruta de la Natividad.

Todas estas son ocasiones concretas para encontrarse, dialogar y trabajar juntos. Naturalmente, las dificultades no faltan, como en toda relación. Y a menudo no nacen de los grandes principios, sino de los detalles: de aquello que puede parecer secundario o de poca importancia, pero que, cuando afecta a derechos y competencias, se vuelve decisivo.

Cada detalle, por tanto, debe considerarse con atención. Esto educa en un estilo, en una metodología: educa en la paciencia, en la capacidad de esperar los tiempos. A veces es mejor detenerse, no forzar, incluso cuando se vislumbra una solución mejor, porque la comunión sigue siendo un bien mayor que cualquier otra posible ventaja.

Esta es una palabra frágil —como frágiles son las relaciones—, pero es una palabra real que la Iglesia está llamada a pronunciar, sobre todo en este contexto.

En cuanto a la relación con las otras religiones, la situación actualmente es más compleja. Las dificultades son diversas. Ante todo, a diferencia de la Iglesia católica, donde está claro quién es el interlocutor, en el mundo islámico y también en el judío no existe una única referencia. Esto hace más difícil el diálogo institucional. A ello se añade un clima general cada vez más tenso y envenenado.

Dicho esto, es igualmente cierto que, a nivel de base, nunca nos hemos rendido. Nunca ha desaparecido el deseo de encontrarnos, tanto con el mundo islámico como con el judío. Esto sucede sobre todo a través de iniciativas locales, culturales y educativas: pienso, por ejemplo, en la música, en la escuela, en la experiencia del Magnificat y en otras realidades semejantes.

Aquí se abre también el tema del diálogo como primera forma de evangelización. El diálogo no es simplemente una premisa de la evangelización: es ya evangelización.

Recuerdo, por ejemplo, un encuentro con el cardenal Jean-Marc Aveline, que me regaló un texto suyo y me ofreció una reflexión muy interesante. En Jerusalén se puede permanecer toda la vida sin viajar y, sin embargo, encontrarse con el mundo entero. También en estos meses, marcados por la guerra y por las dificultades para desplazarse, hemos recibido la visita de obispos, sacerdotes y pequeños grupos.

Es realmente conmovedora la solidaridad y la cercanía que hemos experimentado. Pero, al mismo tiempo, estos encuentros son también ocasiones de enriquecimiento recíproco. Se tiene la percepción de que toda la Iglesia, aunque tenga en otros lugares sus centros administrativos, tiene aquí su corazón: todo converge hacia esta tierra.

No me refiero solo a la Iglesia católica, sino también a las demás Iglesias: representantes del mundo ortodoxo, anglicano y de otras confesiones pasan, visitan, se encuentran con nosotros.

Precisamente en este contexto emerge con fuerza la reflexión del cardenal Aveline: existe un método, y es el método de Dios. Es el método del diálogo.

En el Mediterráneo, y de manera particular en Tierra Santa, conviven culturas y religiones diferentes: es un mosaico complejo, un entramado único. El hombre ha desarrollado muchos

modos de buscar a Dios, de alcanzarlo, de representarlo. Pero Dios ha elegido un solo método: el diálogo.

La revelación, en último término, es este intento continuo de Dios de entrar en diálogo con el hombre, con la humanidad, que llega a su culmen en la encarnación: el Verbo que se hace carne.

Este método se convierte también en nuestro método. Es el método de la evangelización: entrar en relación, entrar en diálogo.

Por eso este aspecto —frágil, delicado, a menudo fatigoso— se convierte en una de las palabras más importantes que la Iglesia, y nosotros los franciscanos en particular, estamos llamados a pronunciar hoy.

Fr. Francesco Ielpo, OFM
Custodio de Tierra Santa